

# DEL ACTO SUICIDA COMO IRREDUCTIBLE AL INDIVIDUO E INASIBLE A TODA PSICOLOGIZACIÓN

Raúl Jiménez-Betancourt<sup>1</sup>

*Qué sencillo es todo, no hay más que seguir atentamente la bibliografía especializada para saber ... ¿Qué? Nada. Allí donde el suicidio se observa como un hecho objetivo, como si se tratase de galaxias o partículas elementales, el observador se aleja tanto más de la muerte voluntaria cuantos más datos y hechos recoge.*

*Jean Améry. Levantar la mano sobre uno mismo.*

## RESUMEN

En el presente texto se intenta mostrar cómo desde el psicoanálisis lacaniano el acto suicida dista de ser un asunto individual. Para tales fines, es necesario insistir en la diferenciación entre sujeto e individuo que, a pesar de que a nivel significante pueda estar sobreentendida (in-dividuo es sin división, mientras que el sujeto está dividido), a nivel conceptual y clínico siguen existiendo ciertas ambigüedades. Principalmente, porque la clínica analítica no deja de realizarse con personas concretas que acuden a un consultorio, y porque desde Freud, la técnica fue pensada para operar sobre las neurosis. Así, este escrito se inscribe en un marco de una despsicologización tanto del suicidio como del análisis mismo; o, en términos de matema: barrar la letra *psi*.

**Palabras clave:** individuo, sujeto, acto, suicidio, psicologización.

Un problema que asalta cualquier disquisición sobre el suicidio, digna de considerarse tal, es que este no puede reducirse al plano individual. Es allí donde el concepto de sujeto en Lacan nos ofrece su fecundidad. Ya desde Freud, el psicoanálisis supone un cierto grado de transindividualidad al proponer un aparato psíquico fragmentado; un modelo en que cualquier decisión sería producto de un juego de fuerzas e instancias inaccesible de inmediato al yo, la conciencia y la razón. Pero hay que decirlo: el sujeto lacaniano no es el aparato psíquico freudiano. A través del hilo conductor de la pregunta por el suicidio se puede precisar esta diferencia. En primera instancia, el sujeto en Lacan comprende la mortificación del cuerpo; entiéndase, su desnaturalización. La consecuencia es que eso que llamamos pulsión viene del Otro y se escribe de la siguiente manera: ( $\$ \diamond D$ ). Para Freud, en cambio, las pulsiones (de vida y de muerte) provienen del interior del organismo. A pesar de que Freud se apropia de la idea de Sabina Spielrein acerca de la dimensión mortífera de la sexualidad y la convierte en una pulsión cualitativamente diferenciada (la pulsión de muerte en 1920), su metapsicología sigue apuntalada en un cuerpo biológico. El modelo que nos ofrece en la conferencia 31, “Sobre la descomposición de la personalidad psíquica”, no deja de ser cerrado, con un interior y exterior bien delimitados, y la apertura no es otra que la de su inmensidad y su carga filogenética.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Psicoanalista. Doctorante del Doctorado en Psicología del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana. Correo electrónico: ra.jbv333@gmail.com.

<sup>2</sup> Véase S. Freud. (1991). 31a conferencia. “La descomposición de la personalidad psíquica” (1933 [1932]), Obras completas, tomo XXII. Amorrortu. pág. 73.



Para Freud, el suicidio se puede reducir a una fórmula, que se sostiene en lo que puede llamarse el paradigma melancólico (teniendo como excepción acaso el suicidio como acto fallido, que abordaremos más adelante). La cita merece toda la extensión:

Así, la investidura de amor del melancólico en relación con su objeto ha experimentado un destino doble; en una parte ha regresado a la identificación, pero, en otra parte, bajo la influencia del conflicto de ambivalencia, fue trasladada hacia atrás, hacia la etapa del sadismo más próxima a ese conflicto.

Sólo este sadismo nos revela el enigma de la inclinación al suicidio por la cual la melancolía se vuelve tan interesante y... peligrosa. Hemos individualizado como el estado primordial del que parte la vida pulsional un amor tan enorme del yo por sí mismo, y en la angustia que sobreviene a consecuencia de una amenaza a la vida vemos liberarse un monto tan gigantesco de libido narcisista, que no entendemos que ese yo pueda avenirse a su autodestrucción. Desde hace mucho sabíamos que ningún neurótico registra propósitos de suicidio que no vuelva sobre sí mismo a partir del impulso de matar a otro, pero no comprendíamos el juego de fuerzas por el cual un propósito así pueda ponerse en obra. Ahora el análisis de la melancolía nos enseña que el yo sólo puede darse muerte si en virtud del retroceso de la investidura de objeto puede tratarse a sí mismo como un objeto, si le es permitido dirigir contra sí mismo esa hostilidad que recae sobre un objeto y subroga la reacción originaria del yo hacia objetos del mundo exterior. Así, en la regresión desde la elección narcisista de objeto, este último fue por cierto cancelado, pero probó ser más poderoso que el yo mismo. En las dos situaciones contrapuestas del enamoramiento más extremo y del suicidio, el yo, aunque por caminos enteramente diversos, es sojuzgado por el objeto.<sup>3</sup>

No quiere decir que para Freud todo suicidio sea melancólico, sino que la melancolía revelaría el *modus operandi* del suicidio en general. Tal construcción supone el concepto de narcisismo y revelaría al suicida como un regresivo, aserción que fácilmente se puede transformar en un prejuicio lamentable. El error estaría en centrar la cuestión suicida en la dinámica del yo. La última línea también es digna de mención, puesto que sugeriría que el suicida nunca se mataría *por* amor, sino, dado el caso, por falta de.

La figura de Cristo, si admitimos que es también la de un suicida (pues bien pudo huir a su destino), contradiría tal supuesto. Pero desde cierto cristianismo, se ha tratado de oponer el autohomicidio del mártir con aquellos que responden a fines egoístas, enalteciendo el primero y condenando el segundo.<sup>4</sup> La definición general de suicidio dada por Durkheim, si se lee a la letra, vendría a poner fin a esta dicotomía:

Se llama suicidio todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir este resultado.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> S. Freud (1992). "Duelo y melancolía" (1917 [1915]). Obras completas, tomo XIV. Amorrortu, pp. 249-250.

<sup>4</sup> Véase John Donne (2007). Biathanatos (1630). El Cobre ediciones.

<sup>5</sup> E. Durkheim (2013). El suicidio (1897). Colofón, p. 13.

A su vez, el psicoanálisis ampliaría esta definición al incluir la dimensión de lo inconsciente: en Freud, más al modo de una intencionalidad, una tendencia, una moción; en Lacan, en tanto saber no sabido. A pesar de que el inconsciente freudiano no es meramente individual (piénsese en la carga filogenética), su esquema tópico sí supone un organismo de base; en cambio, con Lacan tenemos que el inconsciente es el discurso del Otro. A partir de este apotegma, se pueden abordar formas de suicidio que Freud dejó pasar. Es importante notar que en el texto titulado “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud no haya reparado en lo más mínimo en el suicidio altruista o en el masivo. Tampoco figura en dicho texto la pulsión de muerte, que ya había sido propuesta poco tiempo antes en “Más allá del principio del placer”. Pero eso que está ausente también dice algo. Al no considerar al suicidio en sus reflexiones sobre la masa, no ayuda a desprenderle de la melancolización que él mismo realizó. Los opuestos de sojuzgamiento por el objeto (el enamoramiento más extremo y el suicidio) que Freud había ubicado, en este texto se reconcilian. Porque se puede explicar un suicidio, póngase por caso, de un hombre bomba, como aquella disolución del yo con respecto a la masa en función del ideal del yo. Pero habría cierta consistencia con respecto al paradigma melancólico pues, finalmente, los vínculos de masa funcionan vía identificación; es decir, una regresión al modo primitivo de lazo afectivo/social. ¿Qué cambiaría? El papel del objeto. Porque allí no sería necesario identificarse e interiorizar un objeto odiado/amado/perdido, sino que bastaría con que el objeto tome el lugar del ideal del yo. Si el líder pide sacrificar la vida, es probable que el fiel combatiente, sin rechistar, ponga en suspenso las tan poderosas pulsiones de autoconservación. Acaso Freud, al estar influenciado por una concepción ideológica negativa del suicidio, no pudo más que reducirlo a una cuestión con cierta criminalidad latente (un autoasesinato), donde la culpa no estaría por fuera de la ecuación.

En el caso de la joven homosexual, publicado en marzo de 1920, aparece lo siguiente:

En efecto, para el enigma del suicidio el análisis nos ha traído este esclarecimiento: no halla quizá la energía psíquica para matarse quien, en primer lugar, no mata a la vez un objeto con el que se ha identificado, ni quien, en segundo lugar, no vuelve hacia sí un deseo de muerte que iba dirigido a otra persona.<sup>6</sup>

Esta mujer, según Freud, estaría cumpliendo dos deseos: un autocastigo por deseos de muerte dirigidos a su madre y, al mismo tiempo, el parir simbólicamente un hijo del padre. La remisión al Edipo no está para nada velada. La regresión a la identificación estaría en función del escenario del nacimiento de un hermanito donde la madre pudo haber muerto. En su autopunición suicida se estaría cumpliendo, pues, el deseo de muerte hacia la madre. Una formación de compromiso entre deseos asesinos y conciencia de culpa: el suicidio en Freud participa de la criminalidad. Y al final, el último clavo al ataúd del suicida lo da “Esquema del psicoanálisis”:

Entre los neuróticos hay personas en quienes, a juzgar por todas sus reacciones, la pulsión de autoconservación ha experimentado ni más ni menos que un tras-torno {*Verkehrung*}. Parecen no perseguir otra cosa que dañarse y destruirse a sí mismos. Quizá pertenezcan también a este grupo las personas que al fin perpetrar realmente el suicidio. Suponemos que en ellas han sobrevenido vastas desmezclas de pulsión a consecuencia de las cuales se han liberado cantidades hipertróficas de la pulsión de destrucción vuelta hacia adentro. Tales pacientes no pueden tolerar ser restablecidos por nuestro tratamiento, lo contrarían por todos los medios.<sup>7</sup>

A partir de aquí se explica cómo tantos psicoanalistas han llegado a ecuaciones tales como: pulsión de muerte = goce mortífero, suicidio = exceso de pulsión de muerte, etc., siendo esa solución dicotómica una nueva versión de la lucha de la normalidad contra la desviación; es decir, una psicología.

<sup>6</sup> S. Freud. (1992). “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920). Obras completas, tomo XVIII. Amorrortu, p. 155.

<sup>7</sup> S. Freud (1991). “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]). Obras completas, tomo XXIII. Amorrortu, pp. 180-181.

Lacan partió de estas elucubraciones freudianas, pero conforme el recorrido de su enseñanza se fue distanciando. No se trata de pensar la enseñanza de Lacan de forma gradual sino de ubicar sus desencuentros con el psicoanálisis clásico y ortodoxo. En 1946, en una conferencia intitulada “La agresividad en psicoanálisis”, Lacan habla de *agresión suicida del narcisismo*.<sup>8</sup> De manera muy similar al esquema freudiano, el suicida mata al otro en el espejo. El suicidio, en este Lacan, seguiría en función del yo y sus vicisitudes. No estamos diciendo que clínicamente esto no exista, sino que la perspectiva tendría que ser mucho más amplia. Ya el mismo Durkheim decía que “no hay suicidio, sino suicidios”.<sup>9</sup>

El sujeto en Lacan permite abordar esta pluralidad siempre y cuando se tenga la cautela de no reducirlo a los consultorios privados. Si bien Lacan estuvo enfocado en lo que a la experiencia analítica atañe, no es menos cierto que su producción conceptual le rebasa (como sucedió también con Freud); aunque en el caso del maestro vienes sea más nítida la voluntad de expandir los alcances del psicoanálisis a los dominios del arte, la religión, la antropología, la psicología de masas, etc. El suicidio es un objeto de reflexión que obliga a ir más allá de la clínica, puesto que, en primer término, el psicoanalista trabaja con los vivos, aun si se puede decir que alguien se conduzca como muerto en vida (lo cual tampoco es inusual). Claramente, no existe ningún sentido en acudir al consultorio de un analista cuando la decisión suicida es en acto (y el acto sólo puede ser leído con retroactividad). Distinto es el caso de quienes dudan y buscan saber la causa de semejante proyecto de muerte. Tampoco puede excluirse la posibilidad de que alguien llegue con el analista anhelando suicidarse de manera calma y sensata, esbozando una sonrisa: ¿qué haría un analista ante tamaña petición? Claramente está en su derecho de horrorizarse, mas ese no sería un acto analítico. Se trata de que la demanda inconsciente se articule, y bien sabido es que el analista no debe ceder ante ella. Una breve acotación: se suele pensar la demanda (D) como consciente y el deseo (d) como inconsciente, en una perspectiva elemental y bipartita. En realidad, en la clínica, funcionaría a tres niveles: lo que se quiere, lo que se demanda y el deseo. El querer es consciente; la demanda es inconsciente, pero tiene un objeto que puede ser enunciado. El deseo no se dirige sino a su expansión (deseo de deseo...); *id est*, no opera a la manera de “el verdadero deseo es x, y, z”. Está dirigido únicamente hacia su perpetuación (deseo de deseo), hacia la errancia que involucra ser efecto de un objeto causa (*a*). Acaso diríamos que se comporta como la asíntota de las otras dos funciones. Habría que poder plantear que hay suicidios en conformidad con la ética del deseo, que es también la del análisis.

En una conferencia en la universidad de Yale, Lacan propone: “Un análisis no tiene que ser llevado demasiado lejos. Cuando el analizante piensa que es feliz de vivir, es suficiente”.<sup>10</sup> En ese sentido, un analista jamás invitaría a algún analizante a optar por la vía suicida; antes bien, buscaría otras formas de caída del objeto *a* que no sean precisamente lanzarse de un octavo piso. Y aunque se pueda argumentar que la ética del análisis es distinta a los dispositivos de biopoder que Foucault ha señalado, la verdad es que, por su naturaleza clínica y su lugar en lo social, el psicoanálisis no ha podido –y quizá nunca pueda– desprenderse de manera radical de tal lógica.

En efecto, el psicoanálisis tiene su punto de partida dentro del marco histórico del capitalismo, del poder individualizante y de los dispositivos normalizadores de la función *psi*. Por más que en Freud puedan advertirse diferencias, como aquella que Foucault apunta, que es la de devolverle la palabra a la locura (entiéndase más allá de cualquier clasificación psicoanalítica, la locura del inconsciente), no es menos verdad que el dispositivo freudiano responde a cierto funcionamiento:

<sup>8</sup> J. Lacan (2007). “La agresividad en psicoanálisis”. Escritos 1. Siglo XXI, p. 165.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, p. 283.

<sup>10</sup> J. Lacan (1975). Conferencias y charlas en universidades norteamericanas. [trad. y notas de Ricardo Rodríguez Ponte]. Escuela Freudiana de Buenos Aires, p. 12.

Freud hace que se deslicen hacia el médico todas las estructuras que Pinel y Tuke habían dispuesto en el confinamiento. Ha liberado al enfermo de existir dentro del asilo, en el cual lo habían alienado sus “libertadores”; pero no lo ha liberado de lo que tenía de esencial esa existencia: él ha reagrupado los valores, los ha tendido al máximo y los ha dejado en manos del médico; ha creado la situación psicoanalítica, donde, por un cortocircuito genial, la alienación llega a ser desalienación, porque, dentro del médico, ella llega a ser sujeto.

El médico, en tanto que figura alienante, sigue siendo la clave del psicoanálisis.<sup>11</sup>

En otros términos: el diván del analista no es una territorialidad liberadora *per se*, y se cometería una severa deformación si se romantiza la historia del psicoanálisis pensándola como ajena al poder médico. Nos parece que incluso en Lacan existen resonancias de semejante funcionamiento (y no sólo en la práctica de presentación de enfermos que nunca abandonó). Es en el concepto de sujeto, de sujeción (al lenguaje), cuya apología no es ajena al lacanismo, donde encontramos un problema vigente. Se trata de la sujeción al lenguaje que posibilitaría relativas formas de libertad, en contraste con la caída en el abismo de la forclusión del significante Nombre-del-Padre; significante que, por más lógico y formal que sea, es a todas luces patriarcal, si invocamos aquí una lección freudiana: “Primero uno cede en las palabras y después, poco a poco, en la cosa misma”.<sup>12</sup> Significante elitista, cuando se le considera como estableciendo el acceso al deseo para unos cuantos. Es que para los psicoanalistas las psicosis –y también las perversiones, acaso en menor grado- serían, aun si no es admitido abiertamente, una suerte de déficit. Déficit con respecto al orden simbólico, con una forma considerada la medida de lo que es la relación del sujeto con el significante. Dicho con todas sus letras: la neurosis es la normalidad de muchos psicoanalistas; las estructuras clínicas serían su psicología furtiva, encubierta, cobijada.

De ahí a condenar al suicidio no hay más que un paso: porque la figura del suicida sobrepasa a las dubitaciones neuróticas. Tanto el suicida como el esquizo son impugnadores del despotismo de un significante privilegiado y más bien trazan las líneas de la multiplicidad. A la manera de Nietzsche, que en su carta a Burckhardt dice: “Lo que es desagradable y afecta mi modestia es que, en el fondo, yo soy cada nombre de la historia”.<sup>13</sup> O como dirá el mismísimo demonio en Marcos 5:9: “Me llamo legión, porque somos muchos”. Lacan se acercará a ello cuando proponga su concepto de *lalangue*, solidario de pensar al significante-Amo como enjambre (*essaim*). Todo eso va más allá de la lógica edípica de un significante Nombre-del-Padre organizador.

Lacan, en el seminario 9, propone que a nivel significante no hay tautología. Sí, cuando se trata de pensar la clínica, donde ninguna palabra, incluso repetida, significa lo mismo. Es decir, la sentencia de Lacan va completamente de la mano de un modo muy específico de práctica, que es la del análisis tal como él lo propone (pues es sabido que hay psicoanálisis que consideran poco o nada la dimensión significante). Pero más allá de los consultorios, el acto suicida es precisamente tautológico. A esto nos lleva Herman Burger, quien, siguiendo a Jean Améry, propone una concepción del suicidio perfectamente articulable con nuestra crítica a la psicologización del psicoanálisis y del suicidio:

“No es no”. “(...) la lógica de la muerte no admite los motivos del “para qué” ni del “por qué”. Esa lógica, a su vez, sustituye el motivo por una tautología: “Se suicidó porque se suicidó”.<sup>14</sup>

Desde una perspectiva vitalista, inspirada en Schopenhauer, se diría que tal negación no es sino una afirmación encubierta (negación de una vida miserable es al mismo tiempo afirmación de la vida). Pero como bien advierte Sandra Baquedano, esa postura puede cobijar cierto prejuicio:

<sup>11</sup> M. Foucault (2019). Historia de la locura en la época clásica, vol. II (1964). FCE, p. 255.

<sup>12</sup> S. Freud (1992). “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921). Obras completas, tomo XVIII. Amorrortu, p. 87.

<sup>13</sup> Carta del 5/6 de 1889, retomada de Deleuze y Guattari (2018). El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia (1972). Paidós, p. 92.

<sup>14</sup> Burger, H. (2017). Tractatus logico-suicidalis. Matarse uno mismo (1988). Pre-textos, p. 57.

La condena de orden moral que surge de la metafísica del noúmeno volente se resume en el hecho de que el suicida no puede dejar de *querer*. El acto de darse muerte a sí mismo es resultado de afirmar en la adversidad las ganas de haber llevado una vida más afortunada, sin tormentos. Sin embargo, al no haber podido satisfacer en esencia ya “nada” en ella, el suicida suprime el fenómeno, en este tiempo y en este lugar, dejando la cosa en sí intacta.<sup>15</sup>

Por lo tanto, hay que tener cuidado con declarar si tal o cual suicidio es negación o afirmación vital y limitarnos a la lógica: “A es A”. Cabe advertir que, si el acto suicida opera de manera tautológica, no significa que se trate de un individualismo.

La dimensión del acto es por sí misma transindividual y transestructural. Aunque, no se puede omitir que, si se discute en un plano jurídico y de política pública que el suicidio es un derecho (más allá del suicidio justificado por enfermedad médica), la categoría de individuo sería aquella con la que se juegan las cartas. De ese derecho no se habla por varias razones. Una de ellas es porque desafía el poder que el Estado tiene sobre los cuerpos. La otra, muy de la mano de la primera, es porque se supone que el suicida es un enfermo psiquiátrico o psicológico. Está enfermo de su “psi”; es decir, de esa letra cuya función es disciplinar y controlar. El psicoanalista no debería tener nada que ver con un médico, ni el suicida con un enfermo. No obstante, es así como lo maneja la psicología, discurso oficial de la moral hegemónica:

La psicología y el conocimiento de lo que hay más interior en el hombre nacen justamente de que la conciencia pública haya sido convocada como instancia universal, como forma inmediatamente válida de la razón y de la moral, para juzgar a los hombres. La interioridad psicológica ha sido constituida a partir de la exterioridad de la conciencia escandalizada. Todo lo que había hecho el contenido de la antigua sinrazón clásica va a poder ser retomado en las formas del conocimiento psicológico. Ese mundo, que había sido conjurado en una distancia irreductible, súbitamente se vuelve familiar a la conciencia cotidiana, puesto que ella debe ser su juez, y se re- parte ahora según la superficie de una psicología sostenida enteramente por las formas menos reflexivas y más inmediatas de la moral.<sup>16</sup>

Someter el orden significativo a la lógica familiar seguiría en el mismo cauce. Porque el sistema familiar se establece como un tribunal mucho más sutil e imperceptible, con el que opera la mayoría de la psicología actual. Es una rareza encontrar hoy en día en la clínica a neuróticos que no respondan al síntoma freudiano: “Esto tiene que ver con algún trauma infantil, con mamá y papá”. Ante tal letargo clínico, un psicoanálisis lacaniano advertido tendría que responder: el significativo es anónimo. Y que, como dicen Deleuze y Guattari, “el inconsciente es huérfano”.<sup>17</sup> Es que el monolito edípico freudiano sirve demasiado bien a los designios tanto de la psicología como de las neurosis. Psicologizar es neurotizarse. Por ello, nunca es demasiado insistir en el problema de la indistinción que recae sobre la noción de sujeto. Incluso aunque desde el mismo Lacan el sujeto no sea sustancial, no aluda a la persona, no son raras las veces en que no lo diferencia demasiado de la figura del paciente. Como la clínica lacaniana no deja de operar con un paciente de carne y hueso, una persona jurídica, la confusión con un humanismo ramplón no cede. Esto lo podemos ubicar en un texto de Allouch donde se pregunta por la situación del psicoanálisis ante la psicología:

¿Cómo elegiría [el psicoanálisis] una política de la cual apropiarse, si ya no sabe ni quién es ni lo que es?

No tomaré más que un solo indicio de la actual desorientación: el combate que se llevó a cabo en Francia contra la evaluación y las terapias comportamentales cortas. ¿Cómo se reaccionó políticamente a nivel institucional? Conformando una especie de frente “psi” y devolviéndole consistencia al mismo tiempo al humanismo, que

<sup>15</sup> S. Baquedano Jer. “Estudio preliminar”. En: Philipp Mainlander, *Filosofía de la redención*. Antología. FCE, p. 22.

<sup>16</sup> M. Foucault, *op. cit.*, p. 167.

<sup>17</sup> Deleuze y Guattari, *ibid.*, p. 53.

vuelve tan trascendente al sujeto que por principio debería escapar de toda evaluación. Se cae además en plena contradicción, porque quienes vociferaron con razón en contra de la evaluación no se privan, como atestiguan sus escritos, de evaluar con toda la fuerza, en particular usando el diagnóstico *larga manu*. Ese sujeto que escaparía de toda evaluación, el sujeto “humanista”, no es el de Lacan.

Por cierto, el recurso a ese sujeto pretende ser un arma contra la desastrosa y poderosa tentativa actual de reabsorción del sujeto en el individuo. El individuo, el indiviso, es el sujeto estadístico, vale decir, disuelto dentro de la estadística (la estadística supone que el mismo individuo responde a la pregunta 3 y a la pregunta 12 del formulario que hay que llenar, a cada una y a todas las preguntas; eliminen esa suposición, y ya no es posible ningún cálculo). ¿Pero acaso se advirtió en ese combate justo que así se estaba reviviendo lo que Foucault distinguía en 1973-1974 denominándolo “función psi”?<sup>18</sup>

Está más que esclarecido que el psicoanálisis combate cualquier forma de estandarización de los aquejados que solicitan nuestra intervención. Pero en cuanto a lo que entendemos por sujeto se asoma, insistente, el malentendido. Este no es un rodeo: la psicologización del sujeto afecta ineluctablemente la comprensión del acto suicida. El suicidio puede ser entendido desde el individuo, pero ya dijimos que eso atañe al problema de si es un derecho o no. La paradoja es que la concepción moderna de individuo debía de desechar tal posibilidad. Si se piensa como sujeto; no tenemos en puerta un agente, un cogito, sino un efecto de articulación significativa. Cuando se habla del sujeto lacaniano habría que traducirlo al inglés *subject*; lo que entendemos por tema, asunto, cuestión. El sujeto del suicidio aparecería, entonces, después del acto, no antes:

(...) es una dimensión común del acto el no incluir en su momento la presencia del sujeto.

El sujeto reencontrará su presencia en tanto que renovada más allá del pasaje del acto, pero nada más que eso.<sup>19</sup>

Pero sobrevolando ambas cuestiones, y acaso sufriendo el infortunio del soslayo, está lo fundamental: que se trata de un asunto del cuerpo.

Es del cuerpo suicida de lo que se trata. Cuerpos que tropiezan y caen de un barranco, que pueden arder a lo bonzo o estallar como bombas; cuerpos que pueden morir al practicar la asfixia autoerótica. Cuando Lacan propuso en su seminario 20 hablar de sustancia gozante, se refería a esto.

A pesar de la estrechez freudiana para pensar el suicidio, queda algo que habrá que considerar como excepción: el suicidio como acto fallido.

Es sabido que en casos graves de psiconeurosis suelen aparecer, como síntomas patológicos, unas lesiones auto-inferidas, y nunca se puede excluir que un suicidio sea el desenlace del conflicto psíquico. Ahora bien, yo tengo averiguado, y puedo documentarlo con ejemplos convincentes, que muchos daños en apariencia casuales sufridos por estos enfermos son en verdad lesiones que ellos mismos se infligieron.<sup>20</sup>

Más adelante invita a suponer que:

(...) junto al suicidio deliberado conciente existe también una autoaniquilación semideliberada —con propósito inconciente—, que sabe explotar hábilmente un riesgo mortal y enmascararlo como azaroso infortunio. (...). En efecto, la tendencia a la autoaniquilación está presente con cierta intensidad en un número de seres humanos mayor que el de aquellos en que se abre paso. Las lesiones infligidas a sí mismo son, por regla general, un com-

<sup>18</sup> J. Allouch (2007). El psicoanálisis ¿es un ejercicio espiritual? Respuesta a Michel Foucault. Ediciones literales, pp. 19-20.

<sup>19</sup> Lacan, J. (1967-1968). El acto psicoanalítico. Seminario 15. [trad. y notas de Ricardo Rodríguez Ponte]. Kriptos, p. 41.

<sup>20</sup> S. Freud (1991). Psicopatología de la vida cotidiana (1901). Obras completas, tomo VI. Amorrortu, pp. 175-176.

promiso entre esa pulsión y las fuerzas que todavía se le contraponen, y aun en los casos en que realmente se llega al suicidio, la inclinación a ello estuvo presente desde mucho tiempo antes con menor intensidad, o bien como una tendencia inconciente y sofocada.<sup>21</sup>

Aquí tenemos las intelecciones de un Freud que no está pensando al suicidio desde el paradigma melancólico sino desde el tropiezo; pero de aquel tropiezo firme que, desde su obra sabemos, es el acto fallido.

Más allá de las complejidades metapsicológicas, lo que nos importa de la construcción freudiana no es tanto que sea fallido, sino que sea acto. Lacan, ya desde 1953, en su discurso de Roma, concibe el suicidio como un acto: “Empédocles precipitándose al Etna deja para siempre presente en la memoria de los hombres ese acto simbólico de su ser-para-la-muerte”.<sup>22</sup>

También, en 1964, a propósito del *seppuku*, dirá que:

¿Por qué hacen una cosa así? Porque creen que fastidia a los demás. Porque en la estructura, es un acto que se hace en honor a algo. (...) Reparemos en que un acto, un acto verdadero, tiene siempre una parte de estructura, porque concierne a un real que no se da allí por descontado.<sup>23</sup>

Un real que no está descontado nos da la pista. Hay algo en el concepto de sujeto en Lacan que no puede ser aprehendido por los significantes. Algo que va más allá del orden signifiante como tal, y allí está su articulación con el objeto causa. Se podría decir que el sujeto está dividido no sólo entre significantes, sino también entre lo real y lo simbólico.

Desde nuestra propuesta, tanto el cuerpo como el sujeto han de pensarse como sociales, colectivos. La multiplicidad es la dimensión en la cual se desenvuelven. El *seppuku* forma parte de los suicidios altruistas al estar en función de un código, del honor, de una dignidad. El acto suicida no es sin Otro; pero produce, muestra, actualiza, realiza, el signifiante de su falta. Por eso la dimensión ritual no es extraña al suicidio, pues nunca es cualquier cosa. Incluso en aquellos suicidios por motivos religiosos bien podemos hacer la pregunta:

“¿Cuándo un niño se hace creyente? Cuando pregunta: ¿Dios existe? Si la existencia de Dios está dada por la pregunta por su existencia, sin lugar a dudas Dios es signifiante.”<sup>24</sup>

Agreguemos que cualquier Dios que requiera sacrificios es un Dios deseante, un Dios en falta. Uno puede matarse en vista a algo superior, trascendente; pues eso muestra cómo el tesoro de los significantes no basta, ni siquiera considerando al signifiante Dios. Un interlocutor cauto podría replicar: “¿No es que acaso el suicidio religioso es la forma más radical de admitir la falta en el Otro?” Si se piensa desde las causas, no estaría tan extraviado. Encaja incluso en la matriz edípica freudiana: suicidio religioso como retorno a la plenitud uterina. Pero tan fácil es caer de nuevo en una psicología que diga: “Se mata porque no soporta la condición existencial a la que estamos *sujetos*. Necesita de fugas ilusorias, sentido, cualquier cosa, pues no tolera la frustración”. Incluso habrá analistas que digan lo mismo sustituyendo frustración por castración. Por ello, pensar el suicidio como acto, no es dirigir la pregunta hacia las causas, sino a los efectos. La inconsistencia del Otro aparece hasta en aquel anciano celta que se da muerte por no poder cumplir ya con sus funciones. La mortalidad del cuerpo, del cuerpo entendido como sustancia gozante; es decir, como máquina de goce, es también

<sup>21</sup> *Ibid*, pp. 177-178.

<sup>22</sup> J. Lacan (2007). “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (pronunciado en 1953, publicado en 1956), Escritos I, Siglo XXI, p. 307.

<sup>23</sup> J. Lacan (2010). “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). Seminario 11. Paidós, pág. 58.

<sup>24</sup> A. Eidelstein (2008). Las estructuras clínicas a partir de Lacan. Volumen 1. Letra Viva, p. 211.

una potencia creadora, subversiva. Nos permite hacernos cargo de algo que el biopoder teme en demasía que nos pertenezca: la propia muerte.

Si tomamos la definición de significante como lo que representa a un sujeto para otro significante, tenemos que el significante-Amo es, sin más, la muerte. Tan sólo piénsese que nuestra tumba por ahora está vacía y eso no impide que el nombre esté ya escrito. Es verdad que, para el caso de personas desaparecidas, esta escritura –por parte de los dolientes– tiene su propio proceso. El suicida escribe el nombre con sus propias manos, y en ese sentido se apropia de ese significante, lo vuelve enjambre, multiplicidad. Ninguna muerte es igual a otra. Y, no obstante, tiene esa fuerza tan fascinante, contagiosa, de la que nos advierten los suicidios en masa. ¿Cómo dar cuenta de la paradoja de que la propia muerte, lo más intransferible, pueda colectivizarse de esa forma? El suicidio masivo nos muestra la verdad del suicidio a secas: que cada uno es trazo irrepetible, trazo unario. De la misma manera en que la paradoja de Russell muestra un *impasse* lógico (¿el conjunto de los conjuntos que no se contiene a sí mismo se contiene a sí mismo?), el suicida produce un significante que se significa a sí mismo no significándose a sí mismo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allouch (2007). *El psicoanálisis ¿es un ejercicio espiritual? Respuesta a Michel Foucault*. Ediciones literales.
- Baquedano Jer, S. (2011). “Estudio preliminar”. En: P. Mainlander, *Filosofía de la redención. Antología* (p. 9-45). FCE.
- Burger, H. (2017). *Tractatus logico-suicidalis. Matarse uno mismo*. Pre-textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2018). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós.
- Donne, J. (1630/2007). *Biathanatos*. El Cobre ediciones.
- Durkheim, E. (2013). *El suicidio*. Colofón.
- Eidelzstein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*. Vol. 1. Letra Viva.
- Foucault, M. (2019). *Historia de la locura en la época clásica*. Vol 2. (1964). México: FCE.
- Freud, S. (1991). Psicopatología de la vida cotidiana (1901). *Obras completas*, tomo VI. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). “Duelo y melancolía” (1917 [1915]). *Obras completas*, tomo XIV. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920). *Obras completas*, tomo XVIII. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921). *Obras completas*, tomo XVIII. Amorrortu.
- Freud, S. (1991). “31a conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica” (1933 [1932]). *Obras completas*, tomo XXII. Amorrortu.
- Freud, S. (1991) “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]). *Obras completas*, volumen XXIII. Amorrortu.
- Lacan, J. (1967-1968). *El acto psicoanalítico*. Seminario 15. [trad. y notas de Ricardo Rodríguez Ponte]. Kriptos. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (1975). *Conferencias y charlas en universidades norteamericanas*. [trad. y notas de Ricardo Rodríguez Ponte]. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan J. (2007). *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2010). *Los cuatro conceptos fundamentales de psicoanálisis. El Seminario*, libro 11. Paidós.